

No, señor; la caridad debe ser bien ordenada; debe darse limosna, pero saberse antes á quién, cómo, cuándo, para qué, dónde y en qué se distribuye por los que la reciben. No todos los que piden necesitan pedir; no todos los que dicen que están en la última miseria, lo están en efecto, ni á todos los que se les da limosna, la merecen.

Mil veces se hace un perjuicio al mismo tiempo que se piensa beneficiar, y lo peor es que este perjuicio es trascendental al Estado, pues se mantienen ociosos y viciosos con lo mismo que se podían mantener los verdaderos pobres, que son los legítimos acreedores á los socorros públicos.

Ni me crea usted sobre mi palabra. Oiga algo de lo mucho que han dicho sobre esto hombres sabios y profundos en la mejor política.

Un autor ¹ dice: «La mendicidad habitual aleja la vergüenza y hace al hombre enemigo de la industria... El verdadero pobre es el imposibilitado de trabajar. Consentir que el hábil pida limosna, es quitar á aquél y al cuerpo nacional el producto de su aplicación. Si se dirige mal la limosna, á favor del mendigo voluntario, degenera la caridad, reina de las virtudes, en protectora de los vicios; hallar muchos en ella la comida segura, es uno de los mayores estorbos de la aplicación. La falta de

¹ El licenciado don Francisco Peñaranda en su *Resolución universal sobre el sistema económico y político más conveniente á España*.

ocupación en las gentes causa vicios, estragos y ruinas contra la misma inclinación de los más que se corrompen, como me parece que ha sucedido á usted. Sin estudios ó ejercicios se entorpecen los hombres y los entendimientos. La potestad política más respetable en proporciones degradará su mérito al extremo de bárbara, no cultivando sus talentos.»

El señor don Melchor Rafael de Macanaz, en su representación hecha al rey don Felipe V expresando los notorios males que causan la despoblación... y otros daños sumamente atendibles y dignos de reparo, con las advertencias generales para su universal remedio, hablando de los mendigos dice: «No se permitan pordioseros, porque á veces los que de día parecen baldados, de noche están aptos para robar. Además que en ninguna corte culta se permiten.» Poco antes dice: «Si les va bien pidiendo limosna, no trabajan; se entregan gustosos al abandono, y... se convierten en viciosos.» ¹

Mas estas advertencias, aunque sean muy juiciosas, no pueden serlo más que las que tenemos con mucha anticipación en las sagradas letras. Al primer hombre maldijo Dios diciéndole que comería con el sudor de su rostro. Después dijo, que el jornalero es digno de su jornal; y en otra parte, que al buey que arara (esta es la ley que observaban los israelitas), que al buey que

¹ Tom. VII del *Semanario erudito*, á fojas 199 y 203.

PERIQUILLO SARNIENTO. — T. II, C. — 54.

arara ó trillara no se le atara la boca; dándonos á entender que el que trabaja debe comer de su trabajo, así como el que sirve al altar debe comer del altar.

Por último, el apóstol San Pablo, siendo acreedor á los caritativos socorros de los fieles, no quiso molestarlos, sino que trabajaba con sus manos para ganar la vida,¹ y así se los escribió á los Tesalonisenses en la Epístola 2, cap. 3. «Bien sabéis, les dice, que nadie tuvo que mantenerme de limosna, y que por no seros gravoso, trabajaba de día y de noche... y así el que no quiera trabajar que no coma, *quoniam si quis non vult operari nec manducet.*»

En vista de esto, amigo, ¿cuál será la justa disculpa que tendrá ningún flojo ni floja para pretender mantenerse á costa de la piedad mal entendida de los fieles, defraudando de paso el socorro á los que legítimamente lo merecen?

Si usted me dijere que, aunque quieran trabajar, muchos no hallan en qué, le responderé que pueden darse algunos casos de éstos por falta de agricultura, comercio, marina, industria, etc., etc.; pero no son tantos como se suponen. Y si no, reparemos en la multitud de vagos que andan encontrándose en las calles, tirados en ellas mismas ebrios, arrimados á las esquinas,

¹ Hemos de advertir que San Pablo era noble y caballero romano, y no se avergonzaba de trabajar para comer.

metidos en los trucos, pulquerías y tabernas, así hombres como mujeres; preguntemos y hallaremos que muchos de ellos tienen oficio, y otros y otras robustez y salud para servir. Dejémoslos aquí é indaguemos por la ciudad si hay artesanos que necesiten de oficiales, y casas donde falten criados y criadas, y hallando que hay muchos de unos y otros menesterosos, concluiremos que la abundancia de vagos y viciosos, en cuyo número entran los falsos mendigos, no tanto debe su origen á la falta de trabajo que ellos suponen, cuanto á la holgazanería con que están congeniados.

No me fuera difícil señalar los medios para extirpar la mendicidad, á lo menos en este reino; pero este paso ya lo darán otros alguna vez.¹ A más de que á mí no me toca dictar proyectos económicos generales, sino darle á usted buenos consejos particulares como amigo.

En virtud de esto, si usted se halla en disposición de ser hombre de bien, de trabajar y separarse de la vil carrera que ha abrazado, yo estoy con ganas de socorrerlo con alguna friolerilla que podrá aprovecharle tal vez con la experiencia que tiene más que los tres mil pesos que se sacó de la lotería.

Yo, avergonzado y confundido con el puñado de verdades que aquel buen hombre me acababa de estrellar en los ojos, le dije: — Que desde luego estaba pronto á todo

¹ Algo se dijo sobre esto en el número 9 del 2.º tomo de *El Pensador Mexicano*.

y se lo aseguraba; pero que no tenía conocimientos para solicitar destino.

El caballero, que conocía mi regular letra, me ofreció interesarse con un su amigo que se acababa de despachar de subdelegado de Tixtla para que me llevase en su compañía en clase de escribiente. Agradecí su favor, y él, sacando de un cofre cincuenta pesos, los puso en mi mano y me dijo:—Tenga usted veinticinco pesos que le doy, y veinticinco que le devuelvo, y son estos mismos que señalé delante de usted, pues siempre me persuadí á que sucedería lo que ha pasado, y que al fin usted propio, mirándose acosado de la pobreza y sin arbitrio, me pediría un socorro tarde ó temprano; pero pues este lance lo anticipó la casualidad de haberlo encontrado, tómelos usted y cuénteme el modo con que se metió á mendigo, pues me persuado que á usted lo sedujeron.

Yo le conté todo lo que me había pasado al pie de la letra, sin olvidar el infernal arbitrio que tenía la perversa Anita de pellizcar á su inocente hijito para hacerlo llorar y conmovér á los incautos, contándoles como lloraba de hambre.

Pateaba el caballero de cólera al oír esta inhumanidad, y no pudo menos que rogarme lo acompañara á enseñarle la casa, jurándome ocultar, no sólo mi persona, sino mi nombre.

No me pude excusar á sus ruegos, pues por más que me daban lástima mis compañeros, los cincuenta pesos me estimulaban imperiosamente á condescender con los ruegos de mi generoso bienhechor; y así, vistiéndome otros desechos y capotillo viejo que él me dió, salimos de la casa y fuímos derechos á la de un alcalde de corte, que informado de todos los pormenores del asunto, le facilitó á mi protector un escribano y doce ministriles, con los que sin perder tiempo nos dirigimos á la triste choza de los falsos mendigos.

Yo me quedé oculto entre los alguaciles, y éstos cayeron á toda la cuadrilla con la masa en las manos. Los amarraron y los llevaron á la cárcel juntamente con los parches, aceites, muletas y tompiates, pues decía el escribano que todo aquello se llevara con los reos, pues era el cuerpo del delito.

Quedaron en la cárcel, y yo me volví á casa de mi patrón, con quien estuve en clase de arrimado, mientras el subdelegado, que luego me admitió entre sus dependientes, disponía su viaje.

Breve y sumariamente se concluyó la causa de los mendigos. La Anita fué á acabar de criar á su hijo á San Lucas y los demás á ganar el sustento al castillo de San Juan de Ulúa.

Yo, con los cincuenta pesos, me surtí de lo que me hacía más falta, y habiéndome granjeado la voluntad del

subdelegado desde México, llegó el día en que partiéramos para Tixtla.

Entonces me despedí de mi bienhechor dándole muy justos agradecimientos, y salí con mi nuevo amo para mi destino, donde hice los progresos que leeréis en el capítulo siguiente.



CAPÍTULO IX

En el que refiere Periquillo cómo le fué con el subdelegado; el carácter de éste, y su mal modo de proceder; el del cura del partido; la capitulación que sufrió dicho juez; cómo desempeñó Perico la tenencia de justicia, y finalmente el honrado modo con que lo sacaron del pueblo

Si como los muchachos de la escuela me pusieron por mal nombre Periquillo Sarniento, me ponen Perico Saltador, seguramente digo ahora que habían pronosticado mis aventuras, porque tan presto saltaba yo de un destino á otro y de una suerte adversa á otra favorable.

Vedme, pues, pasando de sacristán á mendigo y de mendigo á escribiente del subdelegado de Tixtla, con quien me fué tan bien desde los primeros días, que me